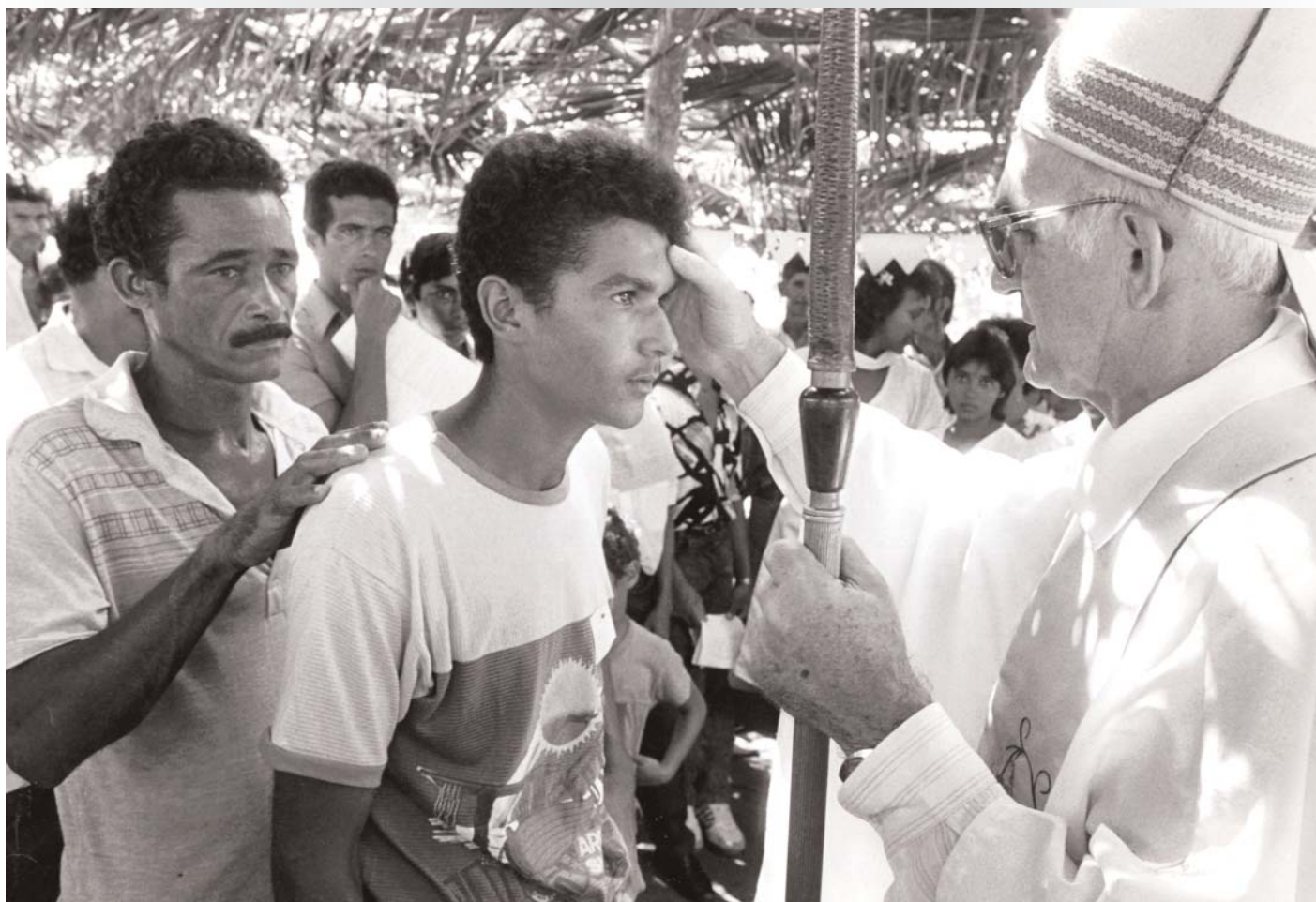


Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 1

La Misión de la Iglesia



Tema 3

EL ESPÍRITU SANTO, PROTAGONISTA DE LA MISIÓN

PRESENTACIÓN

La tercera Persona de la Trinidad resulta más enigmática que el Padre y el Hijo. Para hablar del Padre y del Hijo poseemos analogías y experiencias humanas (la paternidad y la filiación). Respecto al Espíritu nos faltan, sin embargo, esos puntos de referencia. Ese enigma es, no obstante, su peculiaridad: no algo que veamos, sino la luz con la que vemos, la luminosidad que penetra nuestra mirada; no sabemos de dónde viene ni adónde va, pero es el aire que nos permite respirar; no es normalmente a quien dirigimos nuestra oración, pero es quien hace posible que podamos rezar.

Por esta particularidad, el Espíritu Santo suele quedar en la penumbra de la vida de fe de los cristianos. En todo caso, las referencias al Espíritu vienen condicionadas por los frutos o efectos que su acción divina produce en los hombres. Esto, que es verdad, desplaza la consideración de su persona y la convicción de su presencia. Para verificar este planteamiento es suficiente comprobar cómo es tratado de forma circunstancial en los materiales de iniciación cristiana: catequesis, predicación, formación religiosa, etc.

Algo semejante podemos decir de su papel en la evangelización. Normalmente no es el contenido del anuncio misionero y, sin embargo, es el que lo hace posible. También el Padre cuenta con el Espíritu para el envío del Hijo. Y éste realiza su misión bajo el aliento del Espíritu. *“Este Espíritu es el mismo que se ha hecho presente en la encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Jesús y que actúa en la Iglesia. [...] Por eso, todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones, tiene un papel de preparación evangélica [...]. La acción universal del Espíritu no hay que separarla tampoco de la peculiar acción que despliega en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. En efecto, es siempre el Espíritu quien actúa, ya sea cuando vivifica la Iglesia y la impulsa a anunciar a Cristo, ya sea cuando siembra y desarrolla sus dones en todos los hombres y pueblos, guiando a la Iglesia a descubrirlos, promoverlos y recibirlos mediante el diálogo”* (RM 29).

Por ello es necesario reconocerlo como protagonista de la misión, pues ésta se realiza bajo el aliento del Espíritu. Ciertamente nada puede expresar con mayor precisión su acción en la misión de la Iglesia que considerarle como su principal protagonista. Precede, acompaña y fecunda la labor del evangelizador.

Desde esta perspectiva se puede entender como necesaria consecuencia que el misionero esté animado y acompañado por la acción del Espíritu. Por eso todo misionero –cualquier evangelizador– está llamado a la búsqueda de una sólida espiritualidad, como garantía de que su vida está impregnada de la fuerza del Espíritu. La relación personal del misionero con el Espíritu es exigencia de su misma vocación específica.

Desde la realidad

1. ¿Qué atención se presta al conocimiento y al trato del Espíritu Santo en la formación ordinaria de los bautizados?
2. El hecho de que la celebración del sacramento de la Confirmación se realice en la adolescencia y juventud, ¿está favoreciendo la conciencia de los fieles de saberse animados por el Espíritu Santo?
3. ¿Qué importancia se otorga al Espíritu en la formación misionera de los fieles?

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. El Espíritu, el gozo de la comunicación de Dios

El relato de la creación puede servir para comprender el modo de actuación del Espíritu: el Dios creador había dado origen a una materia amorfa y desordenada, prácticamente una realidad caótica. Yahvé creador actúa por medio de su Palabra y de su Espíritu: la Palabra divide y separa las cosas, el Espíritu establece el orden y la armonía. El Espíritu es presentado desde el principio como el adorno de las criaturas, como la armonía o la belleza que hace que el caos se transforme en cosmos y pueda ser un hogar habitable por el hombre. Lo mismo sucede con la creación del ser humano: Yahvé modela el barro y le insufla su Espíritu para que pueda respirar y vivir, para que pueda crecer y desarrollarse como persona humana en el escenario del mundo.

En el Antiguo Testamento se destacan tres características referidas a la acción del Espíritu:

– Unge y da fortaleza a alguno de los miembros del pueblo, cuando éste parece amenazado hasta el peligro del exterminio (Jc 3,10; 6,34; 11,2; Ex 14,21).

– Suscita a los profetas cuando la corrupción o la idolatría penetran en la conciencia y en el comportamiento del pueblo (Os 2,14-16).

– Es prometido como el gozo de la salvación y la fuerza capaz de transformar los corazones endurecidos de los hombres (Is 11,1-11; Ez 36,25-28; 37,10).

Por ello el Espíritu ha sido visto como el desbordamiento de Dios, el que hace posible que se superen las limitaciones de las criaturas, los bloqueos de la historia y la pecaminosidad del corazón humano. El Espíritu es el que hace que Dios sea tan generoso, tan abierto y tan acogedor, hasta el punto de establecer una alianza eterna, definitiva, universal

(Jr 32,40). Su misión es, por ello, garantía de que el designio salvífico de Dios se mantiene y se va haciendo cada vez más intenso y más universal.

El Espíritu se encuentra presente desde un principio en la misión de Jesús: la hace posible y la acompaña de modo constante. La encarnación tiene lugar cuando el Espíritu viene sobre María (Lc 1,35), y de este modo se produce la comunicación del mismo Dios a la carne humana. El desbordamiento de Dios se realiza en el gozo del Espíritu, y esa alegría es la que experimentan desde un principio aquellos que contemplan la acción de Dios (pastores, Simeón, Ana).

Jesús para cumplir su misión:

– Es “conducido por el Espíritu” para vivir en el desierto el combate decisivo antes de comenzar la misión (Mt 4,1).

– Es ungido por el Espíritu (Hch 10,38) cuando en el Jordán se hace presente en medio de su pueblo (Mt 3,16).

– Con la fuerza del Espíritu (Lc 4,14) vuelve a Galilea e inaugura en Nazaret su predicación, aplicándose a sí mismo el pasaje de Isaías “El Espíritu del Señor está sobre mí” (Lc 4,18).

– Jesús va realizando los distintos pasos de su misión “inundado de gozo en el Espíritu” (Lc 10,21).

– En el Espíritu entregó su vida (Hb 9,14) y por él le resucitó el Padre de entre los muertos (2 Co 13,4; Rm 1,3; 6,4; Ef 1,19-20).

– Él mismo lo promete como don que recibirán los creyentes (Jn 7,38-39), como abogado y consolador (Jn 14,16.26).

II. Pentecostés, la acción pascual del Espíritu

Es sobre todo Pentecostés el acontecimiento en que se manifiesta el protagonismo del Espíritu en todo su esplendor. La Iglesia que nace de la acción del Espíritu en Pentecostés no puede ser más que una Iglesia esencialmente misionera.

En los momentos iniciales de Pascua la Iglesia naciente se encuentra en el cenáculo de Jerusalén; los creyentes están inundados de la alegría de la Pascua, pero todavía con las puertas cerradas por miedo a los judíos. El cenáculo, sin embargo, no es el futuro de la Iglesia. En tal caso, podría ser víctima de la comodidad o de la satisfacción de sentirse entre hermanos pero con actitudes egoístas o autosuficientes. Por eso tiene que salir, salir al exterior, a lo desconocido, a las encrucijadas, a la plaza pública, al escenario donde los pueblos hacen avanzar la historia. La Iglesia de-



be realizar su testimonio en la publicidad de la historia mundial.

Por la acción del Espíritu la Iglesia sale del cenáculo. El relato de Hch 2 deja ver con claridad todo el alcance del acontecimiento. Es evidente el trasfondo de Babel. Babel es el símbolo de la desintegración de la familia humana, de los abismos que separan y dividen a las naciones. Por eso, Lucas enumera con detalle la pluralidad de procedencias de los judíos allí presentes.

El milagro del anuncio del Evangelio consiste en que, en medio de esas diferencias, se producen el encuentro y la reunificación. Todos captan el mismo mensaje salvador, por la acción del Espíritu, y por ello recuperan la unidad perdida. La llamada a la conversión es una invitación a transformarse en protagonistas de esa historia misionera que se abre en Pentecostés.

III. El Espíritu y la misión de la Iglesia

A este primer Pentecostés que se produce entre judíos seguirán otros nuevos Pentecostés que van haciendo avanzar la misión de la Iglesia y la obra del Espíritu. Cada uno de esos pasos significa cruzar una orilla para incorporar a otro pueblo a la historia de la alianza. Hch 8,14-17 y 9,26-39 relatan cómo el Evangelio y el anuncio de Jesucristo llegan a los samaritanos y luego a los temerosos de Dios.

El paso decisivo se produce en el “Pentecostés de los gentiles”: la misión de la Iglesia y el anuncio de Jesucristo saltan de modo decidido la frontera judía y penetran entre los gentiles. Hch 10,46 relata cómo el Espíritu invita a bautizar a Cornelio, a pesar de que no es judío, porque el Espíritu ha ido abriendo el camino y le espera fuera, al otro lado de la barrera que han creado las exclusiones étnicas. Hch 16,6-10 narra otra experiencia semejante, de un modo muy

expresivo: es el Espíritu el que, bajo forma de macedonio, llama a Pablo para que cruce a la otra orilla del mar y anuncie el Evangelio a otra nación, a otro pueblo.

El Espíritu hace misionera a la Iglesia en virtud de los dones y carismas que regala a los creyentes. La vida cristiana es “gozo en el Espíritu” (Ga 5,22) y, por ello, fuerza para la comunicación y para la invitación a todos a fin de que participen de la misma alegría. La “fuerza exuberante del Espíritu” (1 Ts 1,5) es la que impulsa a la Iglesia en su constante expansión (Hch 10,44).

El Espíritu es el que hace a cada Iglesia concreta una comunidad misionera. Resulta muy ilustrativo

el ejemplo de Antioquía, según lo relata Hch 13,1-3. Es toda la comunidad, reunida en asamblea litúrgica, la que discierne su obligación de participar en la obra del Espíritu. Ellos han recibido el Evangelio procedente de Jerusalén. Pero no para permanecer allí de modo aislado o egoísta, sino para convertirse en lugar de paso hacia otros lugares, hacia otras regiones. Como gesto de fidelidad al Espíritu, eligen a Bernabé y a Pablo para que, en nombre de todos, consagren su vida a la misión *ad gentes*. Aquella comunidad de Antioquía puede ser considerada como modelo de una maduración misionera sobre la base de los dones y carismas que el Espíritu regala para que Pentecostés siga siendo realidad viva y experiencia constante.

IV. *El Espíritu está presente y operante en todo tiempo y lugar*

El Espíritu se manifiesta de modo particular en la Iglesia y en sus miembros, pero su presencia y su acción son universales, sin límite alguno ni de espacio ni de tiempo. El Vaticano II recuerda que la acción del Espíritu se produce en el corazón del hombre, mediante las “semillas de la Palabra”, incluso en las iniciativas religiosas y en los esfuerzos de la actividad humana encaminados a la verdad, al bien y a Dios. En este sentido, el Espíritu anticipa la acción del misionero, le llama y le espera desde fuera, porque ya está actuando en el seno de la historia y de la vida humana.

Esta presencia del Espíritu no afecta solamente a los individuos singulares, sino también a la sociedad, a los pueblos, a las culturas, a las religiones. Él se halla en el origen de los ideales nobles y de las iniciativas positivas que va generando la humanidad en su peregrinación histórica. El anuncio del Evangelio no se produce, por tanto, sobre el vacío, sino bajo el aliento del Espíritu del Resucitado que inunda la realidad toda.

También la relación de la Iglesia con las otras religiones debe estar movida por esta convicción. Las preguntas más profundas de carácter religioso, allí donde

se produzcan, están animadas por el Espíritu. Todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en sus culturas y religiones, tiene un valor de preparación, de orientación, de referencia a Cristo, único salvador y mediador, porque sólo Él es el Hijo eterno del Padre, verdadero Dios y verdadero hombre.

Esta acción universal del Espíritu conduce a la fe de la Iglesia: la conversión que suscita el Espíritu es un camino que lleva a la fe personal en Jesucristo, a la regeneración bautismal, a la adopción filial, y por ello a la pertenencia a la Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu, la familia del Dios trinitario.

La Iglesia de Pentecostés, como criatura y servidora del Espíritu, debe estar siempre abierta al diálogo y a descubrir los valores presentes en todas las culturas y naciones; pero a la vez siente como vocación propia y genuina ir naciendo como Iglesia local en los diversos pueblos y culturas, para que desde todos los lugares del mundo se pueda entonar un himno de alabanza al Dios Trinidad que se ha revelado en la historia para la salvación y la felicidad de los hombres.

Para la reflexión personal

Tras la lectura del “Desarrollo expositivo”, trata de profundizar en qué medida la presencia del Espíritu anima tu vida cristiana.

- 1** Hemos visto la acción de cada una de las tres Personas divinas en la misión universal, a partir del designio salvífico de la Trinidad. Lee los dos primeros números del decreto *Ad gentes* y trata de entender por qué la Iglesia sitúa a la Trinidad en el inicio de la misión universal.
- 2** La espiritualidad cristiana debe ser una “vida en el Espíritu”. Reflexiona sobre tu propia espiritualidad para evaluar hasta qué punto es una espiritualidad vacía, mortecina y rutinaria o, por el contrario, es una existencia movida y alimentada por la fuerza y el dinamismo del Espíritu.
- 3** Recuerda la preparación que hiciste antes de celebrar el sacramento de la Confirmación, y trata de comprobar en qué han quedado los compromisos que entonces asumiste.

Para el trabajo en grupos

Después de la reflexión sobre el “Desarrollo expositivo” realizada en común, podéis proceder al trabajo de concreción en el grupo, incidiendo en los siguientes puntos orientativos:

- 1** El Espíritu es el que suscita la alegría de la misión y el rejuvenecimiento de la Iglesia. Comentad en qué notáis que la misión devuelve alegría, esperanza y juventud a la Iglesia y a las comunidades eclesiales concretas.
- 2** Comentad y valorad cómo la presencia del Espíritu en la actividad misionera de la Iglesia inspira un estilo propio de espiritualidad que hace posible el discernimiento de la vocación misionera. Se podría concretar en las actitudes que deben fomentarse en la reuniones de grupos de formación misionera.
- 3** Leed algunos de los pasajes mencionados de Hechos de los Apóstoles (sobre todo, Hch 13,1-3) y comparadlos con experiencias actuales.
- 4** ¿En qué gestos e iniciativas se percibe que realmente nuestras comunidades eclesiales son pentecostales en el sentido que hemos indicado? Fijaos sobre todo en el sacramento de la Confirmación para valorar hasta qué punto se plantea y se celebra como el sacramento del Espíritu de Pentecostés.

TESTIMONIO



EL SEÑOR ES LA FUERZA DE LOS DÉBILES

Tengo 61 años y desde 1980 desarrollo mi labor misionera en Ecuador. Antes había estado dos años en Bogotá, donde me ocupé de varios servicios pastorales y misioneros.

La situación que vive el país es dramática. Mientras una minoría de la población —diputados, cuerpo judicial, militares...— cobra sueldos millonarios, otra gran masa de gente pasa hambre y logra sobrevivir con lo mínimo. Una situación generada, en parte, por una corrupción generalizada que, ante la impunidad reinante, se está extendiendo por todas las capas sociales. A ello se une una gran recesión económica y la actitud del Fondo Monetario Internacional, que presiona

al país para que devuelva una deuda externa que ha sido pagada con creces por el pueblo.

Nosotros tratamos de dar una respuesta a esta deshumanizadora realidad, siendo transmisores de una Palabra de Vida. Y nunca me he sentido solo. En este sentido, no deja de sorprenderme el testimonio de tantos cristianos y cristianas que luchan por sobrevivir y lo consiguen gracias a su gran disponibilidad para ayudar y compartir lo poco que tienen. Mi contacto con el pueblo sencillo y creyente me ha enriquecido enormemente. He aprendido a no correr, a ser paciente, a saber escuchar, a parecer y procurar estar siempre contento y alegre, a no querer imponer por la fuerza mis ideas, a te-

ner una gran confianza en el Señor, verdadera fuerza de los débiles y sencillos, y a mirar la vida y a las personas con ojos de fe. He descubierto también que, a los hombres y mujeres de todo el mundo, son muchas más las cosas que nos unen que las que nos separan, y que uno crece y madura en la medida en que trabaja a favor de los demás.

Gracias a todos, amigos y amigas. Con vuestra amistad y ayuda hacéis que los que estamos lejos nos sintamos acompañados. En cualquier parte del mundo es posible descubrir la presencia de Dios, que nos está invitando a vivir su vida y su misión.

MIGUEL ROIG

Misionero del Verbo Divino

ORACIÓN

El Espíritu de Dios nos empuja a hablar con Dios y a llamarle: “¡Abbá! ¡Padre!”. La oración de los hijos de Dios es impulsada por la fuerza del Espíritu Santo. Para que esto sea posible es necesario pedir la venida del Espíritu, que hacemos en clima de oración:

*Ven, Espíritu Santo:
quedan aún muchos muros
que han de ser derribados;
aún no sabemos hablar lenguas que todos entiendan,
y hay tantas guerras estúpidas.*

*Ven, Espíritu Santo:
porque no somos hermanos,
no conocemos el nombre
ni del que está a nuestro lado;
seguimos soñando torres
que nos hagan superiores,
y lo maltratamos todo.*

*Ven, Espíritu Santo:
para enseñarnos a orar
y saber decir “Jesús”,
proclamar su testimonio
con la palabra y la vida,
y que grabes en nosotros
la imagen viva de Cristo.*

*Ven, Espíritu Santo:
sé nuestro mejor perfume,
nuestra alegría secreta,
nuestra fuente inagotable,
nuestro sol y nuestra hoguera,
nuestro aliento y nuestro viento,
nuestro huésped y consejero.*

Ven, Espíritu Santo, ven.